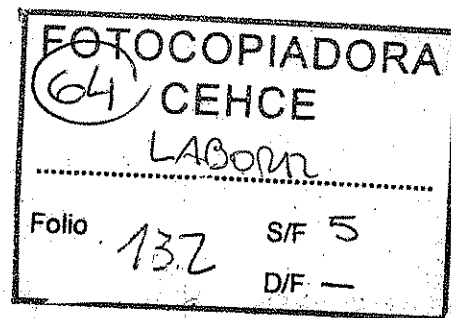


FACULTAD DE PSICOLOGIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
CATEDRA DE PSICOLOGIA LABORAL



(FICHA DE CATEDRA 2004- ACTUALIZADA 2007)

EL MALESTAR EN EL TRABAJO

En su destacado artículo "El malestar en la cultura" (1930), Freud asigna de entrada un lugar para el malestar humano, cualquiera sea la forma como se manifieste (dolor, insatisfacción, temor, etc.), y ese sitio es la cultura, en todos sus modos de expresión.

Nuestra "naturaleza" es la posibilidad de producir una herencia cultural, generar y anticipar cambios, en una escala importante. El trabajo se incluiría como condición necesaria para esa producción, si consideramos que la civilización ha avanzado a partir de la adopción de formas de vida sedentarias y la producción de bienes y servicios.

En la Nota 9 del citado artículo (pie de página), Freud caracteriza al trabajo como una técnica fundamental, un modo o vía de orientación de la vida, ya que "ninguna otra liga al individuo tan fuertemente a la realidad... a la comunidad humana". Es la modalidad de incorporación del hombre en la cultura, a la realidad exterior y socialmente compartida, en oposición a la realidad psíquica.

En la infancia esta actividad aparece como juego, produce placer y posibilita la aprehensión de la realidad simbólica exterior. La capacidad de trabajar (y jugar) y de amar son consideradas indicadores de salud psíquica.

Esta ligazón que el trabajo posibilita, responde a una economía libidinal, no solo social. Implica desplazamiento de energía, intercambios de objetos, condensación significativa. El trabajo expresa el esfuerzo psíquico para domesticar la pulsión, en tanto actividad psíquica.

Freud destaca la sublimación como aquel destino pulsional cuyo objeto y modo de satisfacción son socialmente aceptados, pero esta vía parece ser posible en aquellas actividades elegidas libremente y no "bajo el imperio de la necesidad". Dice que el trabajo es menospreciado como productor de goce, y esto trae como consecuencia graves problemas sociales.

Para la mayoría de las personas su incorporación a la economía social no es por la vía sublimatoria, sino por represión y desconocimiento del inconciente.

La cultura producida en cada época de la historia de la humanidad nos revela el vínculo social predominante y los efectos subjetivos. Cada época entrona un referente, ideales y valores característicos. Es posible destacar algunos hitos o marcas en la historia, de la relación entre el referente o institución simbólica y el sujeto.

En la antigüedad, la organización política y económica transcurre desde la sociedad tribal hacia la sociedad-estado que constituye la polis. En ella tenían estatuto de sujeto solo aquellos que participaban activamente en la vida pública de la ciudad. Esta categoría le estaba vedada a los esclavos, y a las mujeres, consideradas animales parlantes. Había 2 tipos de trabajo: el intelectual, que goza del ocio creativo, reservado a las clases dirigentes e intelectuales, y el trabajo que implica el ejercicio del cuerpo como fuerza bruta. Los esclavos producían bienes, las mujeres hijos, y los soldados entregaban la vida para preservar esta economía social. Esta organización del estado va acompañada por otra institución, la religión. La divinidad era politeísta, con un sistema de alianzas y luchas entre dioses, dueños de la vida y destino de los hombres. Estos dioses son omnipotentes e ilimitados, sin rasgos de humanidad. Esta concepción de una instancia que gobierna al hombre se mantuvo con fuerza hasta mediados del siglo 17.

El monoteísmo cristiano centra las características divinas en un solo dios, donde lo humano es su reflejo. La posibilidad de elegir el camino de la perfección o la falta, permite interiorizar el juicio sobre sí mismo experimentado como culpa, que se suma al castigo público o vergüenza por la exposición. Hasta la Edad Media, Dios es el amo de toda sabiduría, y poseedor de las respuestas a los enigmas y problemas de la naturaleza, por ser el Creador. El trabajo tanto intelectual como físico está al servicio de los objetivos divinos, y tiene como finalidad tanto el castigo, la purificación, la perfección y justificación del poder divino.

Los historiadores señalan que la condición moderna comienza a gestarse con el siglo 15, cuando el hombre comienza a incursionar en los saberes prohibidos, que promueven lo que será la cultura burguesa. El Renacimiento permite consolidar el estado-nación, con cierta autonomía del poder religioso. En la economía social, el trabajo artesanal y el intelectual son los únicos que pautados por una economía libidinal. Pero el trabajo y su producción cambian de sentido a partir del cisma protestante. El mercantilismo surge como modalidad económica moderna, marcado por una finalidad utilitarista, marca que llevará el capitalismo. Surge un nuevo sujeto, con libre albedrío para experimentar e intervenir en la naturaleza, para producir un conocimiento humanista. El fin social no es ya el bien del hombre, sino el bien de la sociedad como colectivo. El trabajo y la acumulación de riqueza son considerados instrumentos de progreso social, para ello el hombre debe sacrificarse. Este sistema se sostiene en un ideal de progreso y felicidad ilimitado para la humanidad, orientado en adelante por la razón científica como nueva religión. En el siglo 17 y en el campo de la filosofía, Descartes hace del sujeto pensante la medida del conocimiento. La Ciencia pasa a ocupar el lugar de Dios.

La obra freudiana cuestiona esta verdad, cuestionando el ideal de progreso y felicidad infinitas, al poner en evidencia un determinismo inconciente y un sujeto que no siempre quiere su propio bien, tal como lo demuestra por ejemplo a través de la culpa y la queja.

Karl Marx, su contemporáneo, denuncia el modelo capitalista: el trabajador es separado de su producción y reducido a su capacidad o fuerza que pasa a ser vendida y comprada como una mercancía más, sometida a las leyes del mercado. La producción en serie permite el exceso de oferta, que cumple la finalidad de anticiparse a la demanda, y bloqueando el deseo. Los objetos cumplen el papel de fetiches, artificios, señuelos que mantienen el engaño de que es posible encontrar lo que falta y hallar completa satisfacción.

La economía del tiempo juega un valor fundamental, pero se trata de un tiempo y ritmos ajenos al sujeto. Si al artesano le es posible elegir su propio ritmo de trabajo, tiempo, fuerza y valor de su obra, al trabajador capitalista le queda un tiempo estimado objetivamente, según las necesidades de producción, y que permiten establecer el valor de cambio de su fuerza productiva.

Pero esta "revelación" no ha trajo aparejado una respuesta revolucionaria de los dominados y expropiados, al contrario y tal como el psicoanálisis advirtió, ha llevado a un empuje creciente de toda clase de adicciones. El nuevo ideal que dios Mercado sostiene es el del consumidor feliz y completamente satisfecho. El camino es vía el consumo compulsivo que brinda satisfacción directa e inmediata, pero fugaz.

La Organización Científica del Trabajo trajo a la división del trabajo el establecimiento de métodos y tiempos de ejecución, consolidando la alienación del trabajador respecto del inconciente y su deseo, y la instrumentalización del cuerpo.

La Psicología aplicada al trabajo llegó para "humanizar" las relaciones laborales, al considerar en la cadena de producción la motivación y el entorno social, especialmente la importancia que tiene para el hombre la aceptación del grupo que vale más que el incentivo monetario. Pero, como argumenta Dejours, el grupo es el último bastión donde se refugia el sujeto, y que le permite sostenerse por identificación a rasgos propios de un oficio o profesión. El imaginario colectivo organiza defensas grupales de acuerdo a las características de la relación hombre-trabajo, en torno a aspectos que hacen a su microcultura, cuyo resultado es ocultar el funcionamiento que el amo Mercado institucionaliza a través del saber científico, que es velar el sufrimiento mental producto del aplastamiento del deseo y el control del cuerpo. Esta es la carga psíquica del trabajo, la neutralización de la vida psíquica por parte de la organización laboral.

Actualmente, atravesamos y construimos la llamada época posmoderna, definida en relación a los términos de globalización e imperio, ejes del capitalismo tardío.

La globalización supone cierta libertad del mercado respecto de los controles del estado, con la consiguiente pérdida de representatividad política y de poder. La noción de imperio recuerda el modelo romano, caracterizado por la ausencia de centro y fronteras definidas. El cambio producido del modelo imperialista moderno al del imperio posmoderno, responde a transformaciones en el modo de producción capitalista. La informatización y la tecnología digital ha modificado el trabajo, la educación, el ocio. Esto incide en el campo económico, donde se estimulan actividades con ciertas cualidades: planetarias, permanentes, inmediatas e inmateriales.

Se observa el paso de la producción industrial a una economía centrada en la producción de vida social, donde se mezclan lo económico, lo político y cultural. Así, las leyes del mercado tienden a regular todas las actividades humanas, segmentandolas. Esto lo convierte en adversario de la cohesión social y mundial. En este sentido, la comunicación aparece como el modo de resolver problemas o pacificar conflictos, pero su propia abundancia la convierte en una nueva forma de alienación.

La biopolítica es la forma que adopta la política del imperio, ensamblada a la genética; su objetivo es regular las interacciones humanas y la naturaleza. Este paradigma del poder ilimitado sobre lo viviente plantea el problema ético respecto de la finalidad de las investigaciones y aplicaciones científicas.

Los autores de esta tesis, Negri y Hardt, sostienen que existen posibilidades de contrarrestar esta voluntad de dominio. No se trata de oponerse a ese poder irresistible, si no reorganizarlo y encaminarlo en otras direcciones. Como la pulsión freudiana.

LIC. PATRICIA SILVIA GALEANO

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

"El malestar en la cultura" S. Freud (Nota 1693 Obras Completas Tomo III, Editorial Biblioteca Nueva – Editorial Amorrortu Tomo 21 Nota 9)

"Trabajo y desgaste mental – una contribución a la Psicopatología del Trabajo" C. Dejours (Cap. 2, 6 y conclusiones) Editorial Humanitas